

JOSÉ MARÍA CARRERAS ASENSIO

No descubrimos ningún secreto si aseguramos que el barroco es el estilo artístico más abundante y popular en grandes zonas de Aragón. Es difícil encontrar alguna población donde no haya una iglesia, ermita, retablo, órgano, lienzo, imagen procesional, casona o peirón levantados durante los siglos XVII y XVIII. La comarca del Jiloca no es una excepción a esta regla. Sin embargo, a pesar de la abundancia de obras barrocas, no existe un estudio de conjunto, y todavía se está en fase de investigación, de ahí que muchos de los datos que se aportan aquí sean inéditos y provenientes de estudios todavía en curso.

Dentro del mundo barroco hay un gran predominio de lo religioso en todos los ámbitos de la vida. En muchas localidades tuvo lugar una gran actividad constructiva en iglesias y ermitas que, una vez levantadas, había que amueblar con retablos, cuadros, órganos, ornamentos u orfebrería para el culto. Afortunadamente todavía podemos disfrutar de la mayoría de ellos al haberse conservado *in situ*.

El gusto artístico evolucionó a lo largo de los dos siglos citados, en los que se sucedieron diferentes etapas constructivas y modas decorativas. Sin embargo al estudiar las iglesias parroquiales levantadas en la comarca del Jiloca durante los siglos XVII y XVIII, podemos observar unas características comunes. En general se trata de templos de reducidas dimensiones, de acuerdo a la escasa población de las localidades. Se nos presentan con un exterior desornamentado salvo en las sencillas portadas, frecuentemente cobijadas bajo un arco. El mayor interés decorativo se centra en el interior de los edificios. Habitualmente están contruidos en mampostería, reservándose la sillería a los esquinales. El ladrillo aparece únicamente en los aleros, cimborrios y en las torres. Un elemento siempre presente en los templos parroquiales, y ahora desaparecido, era el cementerio que estaba situado a su alrededor. Con frecuencia era necesario atravesarlo para acceder al templo. A partir del siglo XIX se trasladó fuera de las poblaciones. Su antiguo emplazamiento, en nuestros

días, aparece transformado en una plaza o en un pequeño jardín que individualizan el edificio aislándolo y cambiando así la visión original del mismo.

Tras un largo predominio del gótico del s. XVI, que en la comarca dejó ejemplos interesantes en Torralba de los Sisones, Bello, Fuentes Claras, Rubielos de la Cérida o San Martín del Río y cuya duración se extiende hasta comienzos del siglo XVII, el primer templo que podemos considerar barroco es la iglesia parroquial de **Cutanda**. Se inició su construcción en 1601 y se concluyó en 1627, tras varios años de interrupción. La villa de Cutanda pertenecía al Arzobispo de Zaragoza y no a la Comunidad de Daroca. Esta circunstancia puede explicar el hecho de se introdujeran novedades importantes en la tipología de iglesia, traídas seguramente de la capital del Reino. Frente al tradicional templo del gótico del s. XVI, se levantó uno diferente. Nuevo era el que se erigiera un templo de tres naves construido casi en su totalidad en ladrillo, el uso de bóvedas de medio cañón con lunetos en las naves y cúpula vaída sobre pechinas en el crucero, la colocación de la portada adintelada a los pies, el tejado único que oculta la distribución de los volúmenes, la cabecera recta o el nuevo modelo de torre cuadrada con las esquinas achaflanadas y decoración de rombos. La distribución de éstos es novedosa, marcando diferencias con el modelo tradicional del último mudéjar. Las diferencias con los habituales templos góticos no podían ser más claras.

Sin embargo estas novedades no tendrían influencia en las décadas siguientes. Hay que esperar hasta finales del siglo XVII para presenciar una eclosión constructiva de



Torre de Ferreruela

templos barrocos, especialmente a partir de la década de 1680 y que durará hasta 1710 aproximadamente. Se construirán iglesias de mampostería, de tres naves de distinta altura y cabecera recta, con bóvedas de medio cañón con lunetos o de arista. Habitualmente sobre el crucero habrá una cúpula sin tambor y la portada estará a los pies. El interior, un tanto oscuro, estará en parte cubierto por esgrafiados, predominantemente de tipo vegetal, en tonos azulados o pardos. Los muros que no lleven esta decoración se presentarán enlucidos y blanqueados, sin simular despiece de sillares. Son numerosos los mandatos de los visitantes pastorales ordenando enlucirlos. De esta manera se ocultaba la labor de mampostería y los retablos resaltaban

sobre el fondo blanco. La única torre del templo, a los pies del mismo, se levantará con frecuencia en ladrillo incorporando motivos mudéjares tradicionales como el trabajo al tresbolillo o en esquinilla. La base de la torre será cuadrada y en mampostería. Sobre este cuerpo se levantarán los otros en ladrillo, octogonales, en los que tienden a desaparecer los contrafuertes de las esquinas o la distribución de la decoración en sucesivas bandas, propias de la última etapa del mudéjar. Para el remate, apiramidado, se usarán cerámicas vidriadas de colores. En otras ocasiones simplemente nos encontraremos con sencillos campanarios en piedra sin apenas decoración y escasa altura.



Torre de la iglesia de Peracense, obra singular en piedra de rodeneo

Normalmente la construcción de las iglesias parroquiales se prolongó durante más de una década evidenciando las dificultades económicas por las que atravesaban las localidades que se decidían a sustituir su viejo templo. No hay que olvidar que la mayoría de las localidades no sobrepasaban los 500 habitantes. Esto explica la larga duración de las obras, salvo que hubiera un mecenas. Lo último en construirse eran la portada, la sacristía y la torre. De éstas hay una buena muestra en la comarca del Jiloca. Hermosas torres barrocas encontramos en **Lechago, Loscos, Torrijo del Campo, Burbáguena, Villafranca del Campo, Ferrerueta de Huerwa, Torrecilla del Rebollar, Santa Cruz de Noguerras** o **Godos**. Todas son de ladrillo en sus cuerpos superiores, combinando habitualmente la planta cuadrada con la octogonal y presentando alguna decoración en esquinilla o al tresbolillo, de clara tradición mudéjar, pero limitada a unos determinados lugares del campanario. También hay alguna torre construida en piedra de rodeneo, como la de **Peracense**, cuyo color rojizo la hace singular.

Los maestros de obras que, por el momento, conocemos proceden de lugares cercanos, habitualmente de la Comunidad de Daroca o de la de Teruel. Así sabemos que la iglesia de **Lechago** se construyó por el maestro de obras Juan Rubio entre 1667 y 1681. Otro nombre conocido es el de Tomás Girón, quien en compañía de sus hijos Antonio y Bernardino levantó la nueva iglesia de **Navarrete** en torno a 1695. Previamente estaba construyendo la ermita del Santo Cristo de **Luco de Jiloca** en 1668. En 1689 construyó una capilla en la parroquia de **Blancas** y, entre

1693 y 1695, trabajando en la iglesia de San Martín del Río, posiblemente levantando el cuerpo de la puerta actual, antepuesto a la fachada primitiva.

Tal vez el maestro de obras más activo en la época sea José Izquierdo. En 1683 aparece trabajando en la iglesia de **Cosa**, parte de la cual se bendijo en ese año. En 1689 contrató la ampliación de la iglesia de **Villarejo de los Olmos**, construyendo el crucero de la misma, en prolongación de la nave gótica. En 1692 capituló la cabecera de la iglesia de **Bañón** y el año siguiente el resto del templo. Posiblemente la iglesia de la vecina localidad de **Torre los Negros**, cuyas obras están documentadas al menos entre 1695 y 1700, fuese obra suya. Lamentablemente, como ocurre en Cosa, se hundió hace unas décadas.

Otras iglesias fueron construidas en estos años. Así la de **Singra**, hoy reformada; la de **Báguena**, cuyas obras se realizaron básicamente entre 1685-89, incorporando muros del templo gótico. La de **Barrachina** tiene documentadas obras entre 1663-88. Para la iglesia de **Lanzuela**, única construida en tapial y ladrillo, constan obras entre 1706 y 1711. De finales del siglo XVII parece ser la parroquial de **Loscos** en la que quedan restos del esgrafiado de los muros. La cabecera de la iglesia de **Nuevos** la levantó el maestro de obras Valero Catalán entre 1704-6. La sencilla iglesia de **Villalba de los Morales** se levantó hacia 1666. La de **Bueña** se terminó en 1703.

También se transformaron algunas ermitas, como la de la Virgen del Campo (1694) situada cerca de **Villafranca del Campo**; la del Santo Cristo de **Lechago** (1670); la de S. Francisco en **San Martín del Río** fue construida por Francisco Sostre, de origen francés, en 1669. En la ermita de la V. de la Pelarda situada en **Olalla** constan obras, de sucesivas ampliaciones a lo largo del siglo XVII. En estos templos triunfa la moda barroca.



Fachada del convento de San Valentín de Báguena

Un caso aparte lo constituyen en **Calamocha** las iglesias de los conventos de S. Roque y de la Concepción, así como la del convento de S. Valentín de **Báguena**, donde se mantuvo la tipología de templo del gótico del s. XVI, aunque las bóvedas se hicieron de medio cañón con lunetos. Siguen manteniendo la entrada lateral, la nave única con capillas entre los contrafuertes o la cabecera poligonal. Algo similar sucede en la ermita de la Virgen de los Navarros de **Fuentes Claras**, construida en los años finales del siglo XVII o principios del XVIII.

Página derecha. Portada de la iglesia de Burbáguena



Un segundo momento constructivo lo tenemos en la primera mitad del siglo XVIII, especialmente en la década de los años 30. Son numerosas las localidades que se deciden a derruir su vieja iglesia parroquial y levantar otra más moderna. Se trata de templos con una mayor luminosidad, ya que la cúpula sobre el crucero, que al exterior es octogonal, tiene vanos abiertos en el tambor. Han desaparecido los esgrafiados de los muros, aunque aumenta el volumen de la decoración en estuco. Los capiteles sobre los pilares, el entablamento que rodea la nave central, las bóvedas de ésta, las pechinas y el interior de la cúpula son los lugares donde la labor de los estucos se concentra. Los motivos ornamentales son variados. Podemos encontrar abundancia de vegetales, angelotes, motivos heráldicos, símbolos de la pasión, atributos de los santos que aparecen sobre las capillas laterales o figuras de santos en las pechinas. Con frecuencia las bóvedas de la nave central presentan conjuntos decorativos en estuco, diferentes en cada tramo de la misma.

Conocemos la identidad de algunos maestros de obra que intervienen en las fábricas de las iglesias comarcales. Mateo Colás, natural de Blesa, es uno de los más activos. Entre 1720 y 1735 aparece en **Odón**, terminando la iglesia gótica y recubriendo su interior de estucos barrocos. Por esos años dirige las obras de la iglesia de **Torrijo del Campo** (1724-1734). En 1737 contrata la ampliación de la iglesia de **Calamocha**, siguiendo el estilo gótico de lo construido en el siglo XVI. Esta iglesia presenta la portada barroca más espectacular de la comarca, fechada en 1751. En 1728 aparece documentado en **Villafranca del Campo**, cuya iglesia se construyó entre 1718 y 1733, aunque desconocemos su posible intervención en ella.

Juan Francisco Garcella, natural de Bañón, dirigió las obras de la nueva iglesia de **Caminreal** (1724-1735) hasta su muerte en 1733. Su hijo Miguel Juan Garcella pudo continuar su labor hasta la finalización de las obras. En 1741-1742 aparece éste documentado en **San Martín del Río**, cuya iglesia fue cubierta de estucos barrocos. Posiblemente terminara la torre mudéjar con el remate barroco actual. En 1741 aparece documentado en **Fuentes Claras**, donde pudo realizar los estucos barrocos del interior de su templo renacentista. Entre 1731 y 1745 concluyó la iglesia de **Cucalón**, de la que únicamente queda la cabecera. Dos años después capituló la ermita nueva de la Virgen de la Carrasca de **Blancas**. Su muerte en 1748 impidió que la concluyera.

Pedro Petisme levantó la iglesia de **El Poyo del Cid** entre 1719 y 1735 cuyo interior está lleno de abundante decoración barroca en estuco. Algo similar ocurre en la parroquia de **Pozuel del Campo**, construida por Isidoro Rodrigo entre 1724-1727.

A la nómina de maestros de obras que levantan iglesias en la comarca se le pueden añadir otros nombres: Pedro Campos concluyó y decoró la iglesia de **Tornos** entre 1718 y 1728; Miguel Borgas levantó entre 1725 y 1733 la iglesia de **Ferreruela de**

Huerta; Miguel Rodrigo haría lo propio en **Peracense** al menos entre 1736 y 1740. Además de las nombradas, se construyeron por aquellos años las iglesias parroquiales de **Allueva** (h. 1710-1727), y **Corbatón** (h. 1735-1738). Otras tuvieron ampliaciones o reformas como las de **Cosa** (h. 1725-50) y **Godos**.



Ermita de la Virgen del Rosario de Luco

También a las ermitas de la comarca les llegó este afán constructivo. La de la Virgen del Rosario de **Luco de Jiloca**, de planta de cruz latina y situada junto al puente romano, fue levantada entre 1748 y 1750, posiblemente por Francisco Subirón. La de la Virgen de las Cuevas de **Caminreal** se rehizo entre 1715 y 1722. Ignacio Fábregat levantó la de la Virgen de los Olmos en **Tornos** entre 1735 y 1750. La de Santa Bárbara de **Rubielos de la Cérida** se construyó por Juan García, natural de Galve, a partir de 1732. Desde 1724 en **Ojos Negros** se levantó la dedicada a Santa Engracia, tal vez por José Chiminer, de Teruel. En **Villahermosa** se contrató la ermita de los Santos en 1739 con Pedro Campos, maestro de obras darocense que ya había intervenido en la iglesia de Tornos.

Pero hay un grupo de ermitas de planta centralizada de cruz griega, con sus cuatro lados curvos y cúpula al centro que destaca por su originalidad. Pertenecen a un conjunto más amplio entre las que destacan, por su interés y monumentalidad, las de la Virgen del Pueyo de Belchite y la de San Clemente de Moyuela. En la comarca del Jiloca nos encontramos la de San Roque de **Loscos** que fue levantada aproximadamente entre 1715 y 1738 por un maestro de obras de apellido Borgas, según Santiago Sebastián. Para el caso de la ermita del Sepulcro de **Lague-ruela**, de lados poligonales, sabemos que fue construida en 1744 por Francisco Subirón. Próxima está la localidad de **Cucalón** cuya ermita de Santa Ana fue construida a partir de 1753. En este caso uno de los brazos se prolongó formando una nave de tres tramos. Similar a la de Loscos es la de San Bartolomé en **Santa Cruz de Noguerras**. Lamentablemente ambas fueron desmanteladas en la guerra civil, aunque la de Loscos conserva aún sus pinturas murales. Si bien a veces se ha señalado su aspecto retardatario, este tipo de ermitas tetralobuladas hay que considerarlas dentro de la gran variedad de plantas que los templos de época barroca presentan, especialmente las ermitas. Sin pretender establecer relaciones directas, ni comparaciones sobre el nivel artístico, hay que recordar que este tipo de templos se hallan presentes en diversos lugares de la geografía española en el

siglo XVII. Parece más propio pensar que nos encontramos ante versiones rurales de esta tipología de iglesias. En cualquier caso son un grupo de ermitas singulares y atractivas.

Una tercera etapa de construcciones religiosas, menos intensa, se dio en la segunda mitad del siglo XVIII. Es la época del triunfo del rococó en las zonas rurales. La decoración, menos abundante, se concentra en los ábsides, entablamentos y en los púlpitos. Los interiores de las iglesias son en colores delicados, creando conjuntos armoniosos, con curvas y ángulos más suaves.



Torre de la iglesia de Burbáguena

Francisco Subirón, natural de Anento, construyó las iglesias de **Burbáguena** (1746-1768) con una hermosa torre barroca en ladrillo y la de **Lagueruela** (1768-1777). Nicolás Bielsa, de Belchite, estuvo trabajando entre 1758 y 1771 en la construcción de la nueva parroquia de **Olla**. En ella casi todos los retablos son de este momento, por lo que su interior constituye uno de los conjuntos más homogéneos de la comarca. Similares circunstancias se dan también en la iglesia de **Fonfría** que se levantó en la década de 1770, aunque están documentadas obras anteriores. Ambos templos son interesantes muestras del rococó turoense. En **Collados** Francisco Quílez construyó la iglesia en torno a los años 1757-63 aproximadamente

te y la vecina **Valverde** terminó la suya hacia 1760. Otras localidades estuvieron dedicadas a esta labor constructiva: **Ojos Negros** entre 1751 y 1774 edificó su actual parroquia y en **Nueros** se amplió su iglesia con una nave entre 1778 y 1784. En **Torrecilla del Rebollar** se levantó una esbelta iglesia, de considerables dimensiones, en los años 60 y 70 bajo la dirección del maestro de obras Antonio Cólera. Contó con el mecenazgo del Arzobispo de Tarragona, D. Juan Lario, hijo del lugar, quien donó dos retablos. Como se ha indicado, los templos construidos en esta etapa son luminosos, de naves laterales más altas, columnas esbeltas y agradable interior. La fachada, sencilla, suele estar cobijada por un arco. Con frecuencia en ésta aparecen dos óculos.

Una cuarta etapa constructiva señala el triunfo del barroco academicista. En la comarca del Jiloca hay dos templos que constituyen muestras interesantes de esta

tendencia. Se trata de las iglesias parroquiales de **Nogueras** (1793-1805) y **Mezquita de Loscos** (1795-1805). Ambas tuvieron como maestro de obras a Miguel Bielsa, de Belchite. El diseño de la primera fue realizado por Francisco Rodrigo en 1789. Son templos que siguen la estela de la iglesia de la Santa Cruz de Zaragoza: planta de cruz griega casi cuadrada, cúpula central y otras cuatro vaídas en las esquinas, decoración con motivos clasicistas y óculos en las fachadas. Constituyen interesantes ejemplos de la llamada arquitectura de la época de la Ilustración en una zona rural. Lástima que su interior sufriera los avatares de la guerra civil. **Calamocha** construyó la ermita del Santo Cristo a finales de la centuria. Lo mismo ocurrió en **El Poyo del Cid** con la ermita de la Virgen del Moral, que fue reconstruida a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Como se puede apreciar casi todas las localidades renovaron sus templos parroquiales o ermitas en época barroca. Esta gran actividad constructiva fue acompañada por otra no menos intensa de amueblar el interior de las iglesias con retablos y órganos. Esta circunstancia se dio también en aquellas localidades que no habían renovado su iglesia. La dotación de retablos barrocos y de órganos afectó a todas las localidades sin excepción. Por suerte la mayoría se conservan *in situ* y pueden ser estudiados y admirados. La amplitud temporal de la construcción de templos en la comarca dio lugar a la presencia en la misma de una gran variedad retablística barroca. Prácticamente todas sus etapas y modalidades están presentes en la comarca.

Durante la primera mitad del siglo XVII, e incluso hasta 1665, se construyeron retablos romanistas. A medida que se vayan levantando nuevos templos en la segunda mitad del siglo irán apareciendo los retablos barrocos, con sus columnas salomónicas lisas o, más frecuentemente, cubiertas de abundantes motivos vegetales, de vides, hojas, flores, frutos, pájaros o niños. Esta decoración se extenderá por toda la superficie del retablo. Muchos serán dorados posteriormente. Otros serán pintados en vivos colores. Suelen ser retablos con predella y dos cuerpos, más reducido el superior. Son numerosas las localidades que presentan retablos de dos cuerpos y tres calles, entre columnas salomónicas, dedicados a diversas advocaciones. Las de San Francisco Javier, St^a. Bárbara, San Antón, Sagrada Familia, Inmaculada o de Almas del Purgatorio son muy frecuentes. En un primer momento abundan los retablos de pintura, para dar paso poco a poco al predominio de la escultura. También los retablos de una calle, a menudo con una pintura sobre lienzo, son abundantes.

En la comarca hubo varios talleres, destacando el de **Barrachina**, donde trabajará Francisco Ascoz. A él se le deben, además de varios retablos en su localidad, los del Santo Cristo de **Báguena** (1675) o **Navarrete** (1689). Se trata de un modelo muy frecuente de una caja rectangular en la que encontramos un Cristo flanqueado por María y San Juan. A ambos lados sendas columnas salomónicas y enci-

ma el escudo de la Cofradía de la Sangre de Cristo, habitual poseedor de la capilla y retablo.

Otro taller de la época es el de Bartolomé Nuez, natural de Épila. Establecido en Daroca en el último cuarto del siglo XVII, extendió su labor por algunas localidades de la comarca del Jiloca como **Báguena** en donde se conservan cuatro retablos construidos por él. Se trata de los de Santa Ana (1678) con pinturas del zaragozano Pedro Aybar, el de la Virgen del Pilar (1693), el de San Miguel (1693) y el dedicado a San Antonio Abad (1695). También se debe a su mano el retablo mayor de **Fuentes Claras** en el que trabajó entre 1701 y 1703, momento en el que le sorprendió la muerte en la localidad. En **Navarrete** su retablo mayor presenta la mejor obra pictórica de la comarca: un lienzo de Palomino, traído de Madrid a principios del siglo XVIII, con el tema de la Asunción de la Virgen. De calidad son también las pinturas de otros retablos de la misma iglesia, así como las del retablo de San Jerónimo en **Caminreal**. En **Ojos Negros** podemos destacar su retablo mayor, con lienzos interesantes, y el de la Virgen del Rosario. El tipo de retablo «*churrigueresco*», de una o tres calles, tan abundante en el cambio de siglo, está presente en numerosas localidades, especialmente en aquellas que renovaron su iglesia en esos momentos. Poco a poco la calle central comenzará a destacar, situándose a distinta altura que las laterales, produciendo un efecto de mayor dinamismo al moverse el entablamento. Si se trata del retablo mayor destacarán el expositor y el sagrario, como corresponde a una época de gran fervor eucarístico. La parte superior de los retablos comenzará a adaptarse al arco de la capilla tomando forma semicircular. En ocasiones, a lo largo del siglo XVIII, se pintarían en el muro unos grandes cortinajes enmarcándolos.

En las primeras décadas del siglo XVIII se construirán algunos retablos mayores muy interesantes en **Godos**, **Torre los Negros** (capitulado en 1719 con Rodrigo y José López), **Bañón** (colocado en 1704) o **Lechago** en los que se usará una fina talla de calidad, apareciendo en alguno de ellos el estípite junto a la columna salomónica. El retablo mayor de esta última localidad posiblemente sea de Francisco Navarro, padre, quien está localizado allí entre los años 1724-7 en que se levantó el retablo. La iglesia de **Bello** presenta un interesante ejemplo dedicado a Santiago, con buena talla. **Odón** también tiene buenos ejemplos de la época en dos capillas afrontadas. En general se trata de retablos de mayores dimensiones, con frecuente presencia de atlantes sosteniendo las columnas salomónicas que ya han perdido los motivos eucarísticos de la etapa anterior.

Las décadas centrales del siglo presentan una evolución del retablo, abandonándose progresivamente la columna salomónica, la decoración abigarrada y el uso del dorado. En las columnas, lisas y anilladas, hallaremos con frecuencia guirnal-

Página derecha. Retablo mayor de la iglesia parroquial de Caminreal



das o lazos, motivos que perdurarán largo tiempo. Los impulsores de esta renovación serán fundamentalmente los miembros de la familia de Francisco Navarro que se establecieron en la localidad de Caminreal. Son sin duda los mejores escultores de la comarca y los que introdujeron las novedades rococó. A ellos se deben, entre otros, los retablos mayores de **Caminreal**, capitulado en 1747 por los hermanos Pascual y Francisco Navarro, sin duda uno de los más importantes, espectacular en sus dimensiones y hermoso en su concepción general. Su planta movida presenta al centro la imagen de la Asunción, dotada de un movimiento efectista. El de **El Poyo del Cid** fue capitulado por P. Navarro en 1747. En él los dorados han dado paso a una policromía de tonos claros en los que destacan las tallas de vivos colores y movimientos amplios. El de **Torrijo del Campo** fue capitulado por Pascual Navarro en 1753 y las trazas fueron dadas por Miguel Herber, de Molina de Aragón. A Francisco Navarro se le debe el único baldaquino de la comarca, situado en la parroquia de **Calamocha**. Fue contratado en 1761.



Baldaquino de la parroquia de Calamocha.

Se trata de un hermoso ejemplar con seis columnas de madera de acusado éntasis, levantadas sobre un zócalo de piedra. Sostienen unos volutes dorados sobre los que aparece el patrón de la localidad San Roque. Sobre cada columna un ángel, mostrando leyendas marianas los dos situados frente a la nave. Esta estructura cobija el altar mayor de la parroquia. Sobre el sagrario un grupo de ángeles sostiene la talla de la Virgen con el Niño en sus brazos. El sagrario conserva la maquinaria mediante la cual unos brazos mecánicos depositaban la custodia, situada en el expositor, sobre el altar. Escenografías barrocas también se podían ver, al menos, en otras localidades como **Navarrete** o **Lagueruela**. En esta última localidad se accionaba un

mecanismo que permitía abrir o cerrar las puertas del expositor desde un lateral del retablo mayor.

La iglesia de Calamocha presenta otros retablos rococós y decoración de estucos de este estilo en las puertas de la sacristía. Pero quizá uno de los elementos más interesantes sea el cancel de entrada al templo. Es un mueble de calidad, con una interesante decoración entre la que destacan las tallas de las virtudes teologales. Por su estilo posiblemente sea del taller de los Navarro.

Del año 1777 es el interesante retablo mayor de **Lagueruela**, colocado para la inauguración del templo. Un poco posteriores son la mayor parte de los restantes, dando lugar a un conjunto homogéneo. Como ha quedado indicado arriba, esta misma circunstancia se da en localidades como **Olalla, Fonfría, Collados** o **Valverde** en las cuales casi todos los retablos se construyeron tras la terminación de la iglesia en los años 60 o 70. El modelo de retablo que se construye por entonces nos muestra un retablo de tres calles, de planta movida con ejes descentrados, columnas anilladas con decoración grabada, dorados en su totalidad y con abundancia de motivos de rocalla. Poco a poco las columnas irán desapareciendo de los retablos. Las tallas presentan ropajes en acusado movimiento y colores lisos. Son numerosas las localidades que encargaron retablos en esta época. Se recurrió para labrarlos a escultores de la zona. Los nombres de Antonio Bachiller, de Bello, y de Domingo Muñoz, de Torrijo del Campo, son algunos de los citados en la documentación con más frecuencia. El estilo de éste es fácilmente reconocible por los ángulos rígidos y cortantes que aplica en los ropajes de las figuras.

A finales de la centuria el retablo dejará de construirse en madera y se utilizará el yeso con más frecuencia, siguiendo las órdenes reales. Seguirán usándose las plantas movidas pero la decoración irá desapareciendo paulatinamente. Los entablamentos serán predominantemente rectos; las curvas irán dando paso a la línea recta; las columnas perderán la decoración tallada o grabada; los dorados se concentrarán en los capiteles de las columnas que imitarán el jaspeado o serán monocromas. Es el triunfo del academicismo que prelude el neoclasicismo del siglo XIX.

En los años de finales del siglo XVIII y principios del siguiente algunas localidades como **Báguena** o **Burbáguena** decidirán construir un nuevo retablo mayor para sus iglesias parroquiales. Serán retablos exentos, con trasaltar, que incluirán una hornacina, abierta a modo de transparente, para la titular del templo. La pintura de las columnas imitará jaspes o mármoles. A ambos lados sendas puertas darán paso al coro situado detrás. Esta modalidad de retablo exento la encontraremos también en algunas ermitas como la de la Virgen de la Carrasca en **Blancas**, completamente dorado, o en la de la Virgen del Campo en **Villafranca del Campo**. Este retablo se colocó delante del anterior, pintado en la pared a finales del XVII, y que ha conservado casi en su totalidad su colorido, constituyendo un interesante ejemplo de pintura mural. Las columnas salomónicas, los adornos barrocos y las hornacinas pintadas en vivos colores acompañan a los esgrafiados de algunas partes del templo. En la iglesia parroquial de esta misma localidad el retablo mayor, completamente dorado, también presenta trasaltar. Posiblemente sea de la década de 1770.

Como se puede apreciar, los numerosos retablos barrocos de la comarca del Jiloca nos permiten hacer un recorrido por las distintas etapas de este estilo. Si bien

en algunos casos sus autores son maestros locales, se conservan buenos ejemplares de retablos contruidos por artistas de notoria calidad.

Junto a los retablos, la dotación de órgano será otra de las prioridades tras la culminación de las obras de los templos. Son varias las localidades que tienen un ejemplar más o menos bien conservado. La abundancia de estos instrumentos musicales en la comarca la convierten en una de las zonas más dotadas de órganos históricos. La mayoría se construirán en el siglo XVIII tras renovarse los templos. Sabemos que, entre los conservados, los de **Fuentes Claras** y **Báguena** serían posiblemente de finales del siglo XVII. El de **Bañón** sabemos que ya estaba colocado en 1708. El de **Torrijo del Campo** pertenece al taller de José de Sesma y se terminó en 1735. El de la iglesia de **Caminreal** fue capitulado en 1733 con Francisco Sesma. El de **Calamocha** es obra de Bartolomé Sánchez, quien lo hizo en 1720. En la iglesia de **Villafranca del Campo** figura uno de los más hermosos, obra de Francisco Trull, quien lo hizo en 1734, para el nuevo templo. Del primer tercio del siglo XVIII serían los de **Bello** y **Odón**. Los de **San Martín del Río** y **Rubielos de la Cérida** son obra de Silvestre Tomás quien los construyó en 1755 y 1765 respectivamente. También conocemos los nombres de algunos de los carpinteros que trabajaron las cajas de los órganos. Así sabemos que Francisco García y Pedro Cornmán, trabajaron en la del órgano de Caminreal. Éste último lo hizo también en la de Torrijo del Campo. Por fortuna en estos últimos años se están restaurando algunos de estos instrumentos.

Como es lógico en todos los templos se guardan obras de orfebrería de la época barroca: cálices, custodias, copones, patenas o cruces, la mayoría de punzón de Daroca. En algunas iglesias y ermitas se conservan ornamentos y delantealtares barrocos, aunque éstos últimos no son muy numerosos.

Además de las manifestaciones del arte religioso, en la comarca del Jiloca también se conservan interesantes muestras de arquitectura civil. Es una parcela del patrimonio que apenas se ha investigado. Si nos fijamos en el urbanismo cabe diferenciar el llano de la zona montañosa. En el primer caso las calles suelen ser anchas, con viviendas acompañadas de espacios abiertos dedicados a corrales o pequeños jardines. Los materiales constructivos tradicionales eran el tapial y ladrillo, siendo menos abundante la piedra. En las poblaciones de las serranías, asentadas sobre las laderas, el urbanismo nos ofrece calles más estrechas y edificios donde el trabajo en piedra es más abundante.

Si reparamos en los edificios más singulares podemos ver cómo la mayoría de los Ayuntamientos han renovado sus dependencias, pero todavía es posible encontrarnos las típicas construcciones en sillería en cuya planta baja varios arcos sostenidos por columnas sirven de apoyo a la planta principal. El espacio semiabierto resultante en la planta baja recibe el nombre tradicional de lonja o trinquete y

se ha utilizado para mercados, fiestas o juegos. Este modelo de edificio tiene su origen en el siglo XVI, pero en la comarca algunos todavía se construían en la centuria siguiente, usándose hasta entonces para las reuniones del Concejo el porche del primitivo templo. Similar circunstancia de perduración de modelos renacentistas se da en algunas fuentes públicas, construidas en piedra, con un arco que cobija la salida del agua y amplias pilas para abrevadero o lavadero público. De los puentes construidos en la época, se conserva el de **Báguena** sobre el Jiloca, en piedra, del que se conoce la capitulación de su construcción en 1734 por los maestros albañiles Luis y Francisco Savirón (Subirón), padre e hijo.

Si nos fijamos en las casas nobles o señoriales de la comarca, la mayoría se encuentran en las poblaciones del valle. En general muestran en su fachada la influencia del modelo de «palacio» aragonés desarrollado en el siglo XVI. Se trata de construcciones de tres plantas. En la primera destaca una amplia portada decorada, con escudo. La planta noble presenta balcones o ventanas en las que la labor de rejería alcanza importantes cotas artísticas. Sobre ella se extiende la típica galería de arquillos dobles en ladrillo y un alero de madera, con frecuencia decorado. Los materiales suelen ser la piedra y el ladrillo, aunque, como veremos, también el tapial está presente. La mayoría de estos edificios contaban con un jardín o huerto en la parte posterior o en uno de los laterales. Son varias las casas que los conservan, constituyendo un interesante aspecto urbanístico poco frecuente en la actualidad.



Puente de Báguena, sobre el río Jiloca, obra de los Savirón, capitulada en 1734

Monreal del Campo ofrece algunos ejemplos. En la plaza Mayor destaca la fachada en piedra de la casa de D. Mateo Catalán de Ocón, con hermosa puerta adintelada con estípites y escudo. Interesante es la labor de forja en el balcón central de la planta noble. La galería de arquillos superior muestra una poco frecuente labor de tresbolillo en las enjutas de los arcos. Un hermoso zaguán, con triple arcada para la escalera imperial, da acceso a las habitaciones principales. En una puerta lateral aparece la fecha de 1749, posiblemente de una intervención tardía, ya que el conjunto podría ser de finales del XVII o comienzos del XVIII. En la parte posterior conserva el jardín-huerto.

En una calle paralela y posterior a esta casa nobiliaria se encuentra otra, construida en tapial pero con amplia portada semicircular de cantería con el correspon-

diente escudo de una rama de la citada familia, la de D. Miguel Catalán de Ocón. No tiene la tradicional galería de arquillos. Recientemente su fachada ha sido restaurada con colores salmón. Son interesantes el amplio zaguán y la escalera. También conserva el jardín posterior.

En **Calamocha** hay que destacar en la calle Mayor dos hermosos ejemplos de casapalacio. Se trata de las casas Angulo y Díez de Tejada. Ambas tienen tres plantas, de piedra la de la calle y de ladrillo las superiores. Una extensa galería de arquillos dobles recorre la última. Las portadas son adinteladas, con pilastras, escudos y un frontón partido en la segunda. Los balcones y ventanas presentan buenas muestras de rejería. Su cronología nos llevaría al siglo XVII y constituyen uno de los ejemplos más importantes de arquitectura civil de la provincia de Teruel.

En la calle Real de la misma localidad se encuentran varias casas interesantes, aunque transformadas. Destacan la casa Valero, que ha sido restaurada en los últimos



Casas solariegas en Calamocha

años, la que ocupa el Casino y la casa Marina. Ésta muestra fachada en piedra en su planta baja y la portada original adintelada a la izquierda. Las dos plantas superiores son de ladrillo, destacando la culminación en frontón sobre los balcones superiores y la labor de rejería. Se trata de una construcción del siglo XVIII. En la plaza del Peirón sobresale la fachada en piedra de la casa Rivera que podría datarse en el XVII.

Si nos acercamos a **Luco de Jiloca**, en su plaza destaca un hermoso

ejemplar de vivienda con el escudo de la familia Álava. Sigue el modelo de planta baja de piedra y portada con arco de medio punto. Sobre ésta se levantan en ladrillo las otras dos. La galería de arquillos se interrumpe en el centro para cobijar el escudo. Afortunadamente se está recuperando este interesante edificio del siglo XVII. En **Odón** sobresale la casa de los Fuertes, de esquema renacentista, con buena labor de forja en llamadores y rejas e interesante linterna con cúpula sobre la escalera.

Burbáguena muestra una de los conjuntos más interesantes en lo que a este tipo de edificaciones se refiere. En su calle principal hay varias casonas con sus correspondientes escudos. Todas presentan la habitual distribución en tres plantas, la última con galería de arquillos. El ladrillo, la piedra y el tapial constituyen los materiales utilizados. Los aleros de madera, las rejas de ventanas y balcones, así como la presencia del jardín en la parte posterior, nos muestran

ejemplos de arquitectura civil de fuerte personalidad que han perdurado. En las proximidades de la iglesia parroquial destaca una vivienda, llamada de Don Juan, en ladrillo, con portada en arco de medio punto e interesante alero decorado, restaurada recientemente. La cercana casa del marqués de Montemuzo presenta un aspecto muy modificado tras una reforma que cambió la fachada. Es interesante el pequeño patio interior con cuatro columnas toscanas que ilumina el zaguán y la escalera. En la misma calle encontramos la casa Latorre, que sirvió de cuartel, con las habituales tres plantas en piedra, ladrillo y tapial, escudo, portadas adinteladas y galería de arquillos, del siglo XVII.



Palacio de los marqueses de Montemuzo de Burbáguena

Báguena es otra de las localidades donde se puede admirar un nutrido grupo de viviendas señoriales. En la plaza de la iglesia nos sorprende una casa con amplia fachada con galería de ventanas adinteladas, escudo y jardín contiguo. En la antigua carretera alguna otra vivienda presenta ese tipo de galería adintelada en su planta superior. El modelo tradicional de casona con arquillos de ladrillo está presente en la localidad en varios edificios como el situado en la antigua carretera, con portada adintelada; o en la llamada Casa Grande, cuya fachada fue restaurada recientemente y en la que destaca la portada con las pilastras que enmarcan la puerta con arco de medio punto. Su escalera está iluminada por un interesante lucernario cuadrado que destaca sobre el tejado. Otras casas de la localidad ofrecen escudos, portadas y fachadas de interés.

Un rincón singular lo ofrece la plaza ante el convento de San Valentín. La fachada de éste, con portada que incluye frontón partido que cobija el escudo, hermosas rejas en las ventanas y la tradicional galería de arquillos dobles, forma ángulo con la iglesia del convento creando un espacio urbanístico interesante. Estos edificios se fechan en el siglo XVII y mantienen el jardín-huerto propio.

Hay otras localidades de la comarca que también tienen casonas de interesante factura en sus cascos urbanos. **El Poyo del Cid, Torrecilla del Rebollar, Cosa,**

Tornos, Navarrete, Cuencabuena, Ojos Negros, Blancas, Villar del Salz u Olalla tienen ejemplos notables en sus calles.

Si interesante es la arquitectura barroca religiosa y civil de la comarca del Jiloca, no lo es menos un tipo de construcción muy abundante en la misma: los *peirones*. Se trata de unos monolitos coronados por una imagen religiosa y que aparecen colocados en lugares señalados. Fueron levantados por particulares impulsados por motivaciones exclusivamente religiosas. Su localización es variada. Con frecuencia se levantaban en propiedades de los donantes, cerca de caminos, junto a los montes o al lado de las poblaciones. La presencia de estos monolitos en determinados parajes ha dado lugar a que se utilicen frecuentemente como referencia topográfica para orientarse. Los más antiguos de los que



Peirón de Tornos

se tienen datos corresponden al siglo XVI. Sin embargo sería en las centurias siguientes cuando su número se incrementó. La religiosidad de la época barroca facilitó su proliferación.

Los más sencillos son en forma de pilar de ladrillo, de planta cuadrada con una hornacina en la que se ve una imagen pintada en una baldosa y una cruz coronando el conjunto. Unas gradas sirven de base. El ladrillo, la piedra y el yeso serán los materiales utilizados en los numerosos conservados en la comarca. Sin embargo en algunos ejemplares se alcanzaron mayores cotas artísticas. No hay duda de que se recurrió a escultores profesionales para levantar algunos peirones. Así en **Valverde**, cerca de la iglesia parroquial nos

encontramos un peirón en el que destaca un interesante relieve en alabastro de tema mariano, con modelos del siglo XVII. A la entrada de **Lagueruela** un ejemplar en piedra se culmina con un templete que tiene cuatro columnas de tipo salomónico y sus correspondientes tallas de santos en cada cara. En **Torre los Negros** hay varios con buena labor de forja en las cruces. Otro, actualmente situado ante la puerta de la iglesia, muestra las figuras en relieve de San Fabián y San Sebastián cobijados en una hornacina con venera. En **Cosa** se colocó frente a la puerta de la iglesia uno con cuatro tallas. Tal vez uno de los más conocidos sea el de San Antón, situado en la plaza de **Tornos** con un fuste en piedra labrada, hornacinas en sus cuatro caras y airoso remate. También el situado en el parque de

Caminreal tiene el fuste de piedra labrado y hermoso perfil. En **Bello, Lechago** o **Luco de Jiloca** nos encontramos con ejemplares de fuste circular sobre los que se han colocado capillas con las advocaciones a las que están dedicados. A la entrada de **San Martín del Río** el dedicado a la Virgen del Pilar, levantado en ladrillo, presenta incorporación de cerámica. De ladrillo es uno existente en el casco urbano de **Burbáguena** o el de Santa Lucía a la entrada de **El Villarejo de los Olmos**. Del siglo XVIII son los existentes en **Corbatón**.

La variedad de manifestaciones artísticas de la etapa barroca existentes en la comarca del Jiloca es, como se ve, muy amplia. Hablar de preeminencia del barroco no hace sino reflejar la realidad. El reto actual es conservar este rico patrimonio para nuestro disfrute y el de las generaciones futuras.

BIBLIOGRAFÍA

- BENITO MARTÍN, F. (1991): *Inventario arquitectónico de Aragón: Teruel*, 2 vols. Zaragoza. Diputación General de Aragón.
- CARRERAS ASENSIO, J.M. (2003): *Noticias sobre la construcción de iglesias en el NO de la provincia de Teruel. Siglos XVII y XVIII*. Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.
- MAÑAS BALLESTÍN, F. y PÉREZ GONZÁLEZ, M. D. (1986): «Arquitectura civil en el valle medio del Jiloca», *Actas del IV Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza.
- MARGALÉ HERRERO, R. y otros (2002): *Los peirones en las comarcas del Jiloca y Campo de Daroca*. Calamocha. Centro de Estudios del Jiloca
- SEBASTIÁN LÓPEZ, S. (1974): *Inventario artístico de Teruel y su Provincia*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- SEBASTIÁN LÓPEZ, S. (1996): *Visión panorámica del arte turolense*. Cartillas Turolenses nº 18, Instituto de Estudios Turolenses.

Los peirones en el Jiloca

ERNESTO UTRILLAS VALERO

Omnipresentes, olvidados e invisibles para muchos, los peirones constituyen un elemento muy destacable del patrimonio cultural de la comarca del Jiloca. Rara es la localidad en la que no se alce alguno, como últimos vestigios de un mundo rural que se niega a desaparecer.

Peirón, pairón, pilón son algunos de los distintos nombres con que se les conoce en la comarca a estas columnas o pilares que contienen habitualmente alguna imagen religiosa y que suelen estar situadas junto a las entradas o salidas de los pueblos, en sus plazas o a la vera de los caminos.

Acierta el poeta de Blancas Benedicto Lorenzo en los versos que dedicó a los peirones cuando dice: *«Los peirones son presencia, los peirones son mensaje, forman parte del paisaje, son algo de su conciencia»*. Pues, en efecto, ellos plasman que el hombre ha sentido la necesidad de establecer unos hitos en el paisaje, para ordenarlo y categorizarlo, permitiendo desvelar esa conciencia que lo hace más reconocible, menos salvaje.

En sus versos recoge también el poeta esa doble funcionalidad que constituye la esencia de los peirones y los convierte en elementos configuradores del paisaje: su carácter de marca espacial: *«Los peirones son señales / que pregonan como anales»*; y su carácter devocional que santifica el lugar que ocupan: *«Los peirones son airones / que llevan las bendiciones / de los santos que los moran»*. Ambas funciones están profundamente imbricadas entre sí, hasta tal punto que resulta imposible separarlas.

Los encontramos a la entrada de las poblaciones, junto a los caminos que de ellas salen: *«Los peirones son vigías / que otean las lejanías / al comenzar los caminos»*, indicando el camino, avisando al caminante que estaba abandonando el pueblo, ese territorio cotidiano y seguro, para adentrarse en un territorio más ajeno y extraño cuanto más alejado. Por ello, los peirones eran un buen lugar para encomendarse a *«los santos que los moran»* para que les protegiera en su camino o en sus faenas.

En el camino, un punto de esencial importancia eran los cruces, *«Como afilada tijera, / corta senda y carretera, / el peirón de San Roque»*, donde uno podía perderse con facilidad de no tomar la bifurcación adecuada, por ello son otro de los lugares habituales donde se sitúan los peirones. Ya en las culturas antiguas los cruces de caminos son lugares donde se ponen en con-



Peirón de Villar del Salz

tacto los aspectos visibles con los invisibles, por ello nada mejor que santificarlo con un peirón, que nos indicaran la existencia de los mismos y nos ayudaran a seguir el camino.

En las noches oscuras las vela o candelas encendidas ante los peirones podían servir de guía a los caminantes perdidos, demostrando la convivencia de los

aspectos devocionales con la función señalizadora. O como dice el poeta, la simple presencia de los peirones tranquilizaba al caminante que sabía que pronto alcanzaría su destino: *«En las noches sin candiles / parecen guardiaciviles / que desbaratan las sombras»*

Otros por su situación estratégica se constituían en importantes referentes: *«Un peirón en cada punto/ vigila los cuatro asuntos / de las afueras del pueblo»*. Situada en cerros que dominan un amplio panorama eran visibles desde puntos muy alejados, sirviendo de referencia incluso cuando las fuertes nevadas hubieran borrado todos los caminos.

La mayoría de los peirones que se conservan en la comarca tienen un carácter votivo, es decir, fueron levantados como fruto de la devoción, como una ofrenda para recordar una gracia concedida por el santo al que están dedicados.

Dejando al margen sus precedentes precristianos, el origen de los primeros peirones, tal como los conocemos en la actualidad, ha sido situado en los albores de la Reconquista. Aunque los ejemplares más antiguos que nos han llegado hay que datarlos en el siglo XVI. José M^a Carreras ha documentado en 1567 el mandato de construir un peirón en la localidad de Godos, en cumplimiento de la voluntad expresada por Miguel Calvo en su testamento. La difusión de los cruceros y peirones parece vinculada a la labor de las ordenes mendicantes: franciscanos y dominicos.



El peirón de Lagueruela

El periodo de mayor ímpetu en la construcción de peirones y del que nos han llegado los mejores ejemplares es el siglo XVIII, como el peirón de San José de Villar del Salz, fechado en 1753.

La mayoría de los actuales peirones son más recientes, y muy frecuentemente fruto de sucesivas labores de mantenimiento, necesarias conforme estos se iban deteriorando. Porque nuestros predecesores sabían que esas humildes construcciones, tras esa sencilla apariencia escondían las esencias de un paisaje, eso que pervive a través de los tiempos, eso que debe perdurar y ser transmitido a través de las generaciones, aunque no siempre lo sepamos percibir.